

Las consecuencias de las guerras y demás conflictos en el mundo, casi siempre traen consigo daños colaterales sobre la población. Sin embargo, en 1941 las Fuerzas Armadas del Perú demostraron que es posible alcanzar una victoria sin atentar contra la población del adversario.

FUERZAS ARMADAS DEL PERÚ DURANTE EL CONFLICTO DE 1941: RESPETUOSAS Y RESPETABLES



The consequences of wars and other conflicts in the world almost always bring collateral damage to the population. However, in 1941 the Armed Forces of Peru demonstrated that it is possible to achieve a victory without threatening the population of the adversary.



INTRODUCCIÓN

Las guerras se han caracterizado por mostrar los episodios más cruentos en la historia del hombre, donde el respeto por la vida muchas veces quedó relegado del sentido común entre quienes participaban de las contiendas, así como de aquellos que no vestían uniforme ni portaban las armas.

Existen numerosos ejemplos de lo anterior, que han terminado avergonzando a la humanidad, siendo algunos de estos los ocurridos durante la Segunda Guerra Mundial. Mientras el continente europeo se convertía un gran campo de batalla, al otro lado del planeta, específicamente en Sudamérica a mediados del año de 1941, Perú y Ecuador protagonizaban uno de los conflictos que se repitieron a lo largo del siglo XX por problemas limítrofes que no habían sido solucionados hasta entonces, los mismos que fueron aprovechados por los ecuatorianos para infiltrarse en nuestro territorio. Estos hechos motivaron contundentes respuestas por parte del Estado Peruano a través de sus fuerzas militares, como sucedió aquel año.

A pesar de la efervescencia política, social, económica y militar que se vivía por aquellos años en que se desarrollaba la contienda en el viejo continente entre los países del Eje y los Aliados y su influencia en el resto del mundo; aquí las Fuerzas Armadas del Perú durante el desarrollo de sus operaciones en territorio enemigo, adoptaron las medidas necesarias para no comprometer la integridad de la población civil, haciendo que la victoria militar peruana no fuese manchada ni cuestionada por la opinión pública internacional.

PALABRAS CLAVE: RESPETO, FUERZAS ARMADAS DEL PERÚ, POBLACIÓN CIVIL ECUATORIANA, CONFLICTO 1941.

KEYWORDS: RESPECT, PERUVIAN ARMED FORCES, ECUADORIAN CIVIL POPULATION, CONFLICT OF 1941



**Teniente EP Jaime Miguel
Taype Castillo**

Licenciado en Historia por la Universidad Nacional Federico Villarreal con maestría en Desarrollo y Defensa Nacional en el Centro de Altos Estudios Nacionales. Publica artículos en las revistas de la Escuela Conjunta de las Fuerzas Armadas, Ejército, Marina de Guerra del Perú, Asociación de Historia Marítima y Naval Iberoamericana (España e Italia), así como invitado en el diario La República. Es promotor de la campaña "Charlas de Historia Militar" en instituciones educativas y universidades (2016-2019), vocero oficial del Ejército y autor de las revistas de historia ilustrada "El combate del Callao, 2 de mayo de 1866" (2016), "Coronel Francisco Bolognesi Cervantes: Mi deber no tuvo precio" (2016), "El Ejército del Perú frente a los desastres naturales" (2017), "Mariscal Eloy Ureta Montehermoso, el estratega de la victoria" (2018). Es autor de los libros "Insurrección de la Armada. Callao, 3 de octubre de 1948" (2018) y "Vida y obra del Gral. de Div. José del Carmen Marín Arista" (2018).



En el presente artículo mostraremos algunos de aquellos episodios ocurridos durante el conflicto de 1941, en que los militares peruanos a través de sus acciones, mostraron el respeto hacia las poblaciones ecuatorianas en medio de la guerra.

VICTORIA Y RESPETO

Hacia 1940, Perú y Ecuador habían tenido una serie de incidentes que hicieron que el entonces presidente peruano Manuel Prado Ugarteche adoptara una actitud más enérgica durante las negociaciones para resolver los problemas limítrofes que databan desde el siglo anterior.

A fines de noviembre de dicho año, el coronel del Ejército Eloy Ureta Montehermoso fue convocado por el Ministro de Guerra para analizar la tensa coyuntura que se vivía en la frontera con el Ecuador, entrevista que fue aprovechada para indicarle a Ureta sobre la creación de una gran unidad denominada Agrupamiento Norte y que estaría bajo su comando,

por lo que a inicios de 1941 el referido militar fue ascendido al grado de general de brigada (Cassaretto, 2017, p. 69).

Con su designación, Ureta tuvo el mando sobre las fuerzas de tierra, mar y aire, así como la conducción de las operaciones militares, especialmente durante la Batalla de Zarumilla y la posterior ocupación de la provincia ecuatoriana de El Oro (Masterson, 2001, p. 104).

A pesar de los buenos oficios de los Estados Unidos, Brasil y Argentina quienes buscaban la solución diplomática al problema, esta fracasó, situación que puso en estado de alerta a las fuerzas peruanas en la frontera. En junio, tras establecer el agrupamiento su cuartel general en Piura, recibió las órdenes de mantener sus posiciones y repeler cualquier ataque enemigo. Sin embargo, Ureta y su Estado Mayor creían por conveniente actuar de manera ofensiva si se quería solucionar el problema limítrofe y no permanecer en una actitud de-



Armada Peruana durante el Conflicto de 1941.



fensiva, como lo ordenaba el gobierno (Villanueva, 1971, pp. 112-115).

El 05 de julio, las hostilidades enemigas comenzaron a gran escala. El Perú señalaba que tropas ecuatorianas de la provincia de El Oro habían atacado nuestras posiciones en Aguas Verdes y La Palma, las que fueron repelidas por los soldados peruanos; mientras que Ecuador acusaba a campesinos peruanos de haber invadido “su territorio” con la ayuda de la Guardia Civil, desencadenándose un intercambio de disparos. Ante esta situación, el general Ureta dispuso la ejecución de la primera operación a gran escala contra las posiciones enemigas, pero sin alcanzar aquella vez los objetivos deseados por una falla en el planeamiento, que fue inmediatamente corregida.

Los EE.UU., Argentina y Brasil ofrecieron una vez más su predisposición para alcanzar una solución pacífica. El Ecuador pretendió utilizar aquellos oficios para lograr sus objetivos, lo que no fue aceptado por el Perú. Para entonces, siendo ya mediados de julio de 1941, el Agrupamiento Norte se preparó

para un segundo asalto sobre las líneas ecuatorianas.

Poniendo en marcha una impecable operación, se desarrollaron ataques simultáneos tanto por aire, mar y tierra, iniciándose estos el 22 de julio tras conocerse que en las primeras horas de ese día, los ecuatorianos habían atacado a las tropas peruanas. Operando a lo largo de un frente de 50 kilómetros, nuestras fuerzas avanzaron imparables ante el enemigo que comenzaban a replegarse dentro de su territorio. Durante las operaciones desplegadas durante el día 23, volaría a la gloria al ser alcanzado por la artillería antiaérea el teniente CAP José Abelardo Quiñones Gonzáles, quien estrelló su aeronave sobre una batería ecuatoriana (Araujo, 1967, p. 216).

El 28 de julio en Lima, durante las celebraciones por el día de nuestra Independencia Nacional, Prado anunciaba a la población peruana, que nuestras tropas habían ingresado a territorio ecuatoriano y no saldrían de allí hasta que no se reconocieran los derechos del Perú. Tres días después, se ejecutaba una operación relámpago empleando para ello in-



Artilleros peruanos durante el Conflicto de 1941.



fantería motorizada, la Escuadra y paracaidistas del Cuerpo Aeronáutico del Perú (CAP), quienes tomaron las localidades de Puerto Bolívar, Santa Rosa y Machala (Masterson, 2001, p. 106). Este hecho sería reconocido por los diferentes ejércitos del mundo, en especial por los europeos que estaban inmersos en la Segunda Guerra Mundial.

Además de la manera como se desarrollaron las operaciones por parte de nuestras Fuerzas Armadas, es menester resaltarse un aspecto en particular y que tuvo entre sus principales protagonistas a integrantes de las Fuerzas Armadas del Perú.

DESDE EL AIRE, MAR Y TIERRA

Cuando entró en funcionamiento el Agrupamiento Norte junto con las misiones que le fueron encomendadas, para el caso de la Marina “las unidades de la Escuadra se mantendrían en aguas territoriales listas a cortar las comunicaciones de Puerto Bolívar con Guayaquil, interceptando el canal de Jambelí” (Ureta, 1953, p. 123).

Ello se vio reflejado además con la presencia de cuatro unidades de la División de Submarinos que tuvieron una activa participación durante el desarrollo de las operaciones, destacándose la actuación del comandante de la misma, capitán de fragata Mariano Melgar Conde “quien asumió el mando de la base avanzada de Puerto Pizarro, desde la cual [los submarinos] R-1 y el R-2 llevaron a cabo un riesgoso reconocimiento de Puerto Bolívar” (Ortiz, 2011, p. 58).

La Armada Peruana coordinó eficazmente las operaciones costeras y fluviales en apoyo a la ofensiva militar en ambos frentes [...] los cruceros Almirante Grau, Coronel Bolognesi, y los destructores Guise y Villar “cubrieron el flanco de la costa” de las posiciones entre Zorritos y el canal de Jambelí (Masterson, 2001, p. 106).

Estos desplazamientos de reconocimiento eran de vital importancia, porque permitieron recoger información de los emplazamientos militares del enemigo y las poblaciones vecinas a estos, elementos que debían tenerse en consideración durante la

elaboración de los planes de ataque y su ejecución, a fin de evitar cualquier peligro sobre la población civil. A diferencia de lo ocurrido contra las poblaciones durante el desarrollo de la Segunda Guerra Mundial, los militares peruanos buscaron evitar daños entre los civiles.

Es aquí donde una vez más, siguiendo el legado del Almirante Grau durante el combate de Iquique, nuestros marinos respetaron la integridad y la vida de aquellos que se encontraban al otro lado de la frontera. En efecto, las operaciones ejecutadas por la Escuadra peruana, particularmente en lo que correspondía al bombardeo de cuarteles y bases en Punta Jambelí y Puerto Bolívar, tuvieron como propósito principal neutralizar a las fuerzas enemigas emplazadas en esos lugares y provocar el temor – mas no la destrucción- de las poblaciones vecinas, buscando de esta manera debilitar anímicamente al enemigo. Observar como la población, en vez de apoyar a sus fuerzas prefería huir, provocaron un gran efecto en el enemigo.

[...] cuando el Bolognesi bombardeó el día 29 posiciones ecuatorianas en Punta Jambelí y el Puerto Bolívar, el Comandante General de la Escuadra impartió órdenes precisas para que los tiros pasaran largos sobre el mencionado puerto, con el propósito de no afectar a la población, pero sí amedrentar a las tropas allí acantonadas. Esto fue determinante para que la población evacuara dicha localidad, y explica que cuando los paracaidistas y luego los marinos llegaron allí, no encontraron ninguna resistencia ni habitantes (Rodríguez, 2008, pp. 54-55).

En efecto, los proyectiles disparados por nuestros buques, al pasar por encima de las poblaciones, hicieron creer a los jefes militares ecuatorianos que nuestros artilleros navales “carecían” de puntería. Sin embargo, conforme el cañoneo se hizo cada vez más estruendoso, intenso y los emplazamientos militares enemigos terminaban siendo impactadas, la percepción de las fuerzas enemigas y su población terminó cambiando radicalmente, haciendo que éstos huyeran del lugar, dejando enseres y armamentos que luego fueron capturados por las tropas peruanas.



El contralmirante Pedro Mazuré, después de referirse al parte pasado por el oficial de guardia del BAP Coronel Bolognesi, alférez Alberto García, en cuyo libro de bitácora figura el dato concerniente al fuego efectuado por la batería de 152 mm. sobre Puerto Bolívar dice: “La acción sobre puerto Bolívar no tenía por objeto batir un blanco o una posición enemiga; fue un bombardeo estratégico con el fin de producir el pánico en la retaguardia enemiga, lo que creo que se consiguió ampliamente, como lo pueden atestiguar el capitán de navío Jesús Polar V. y los tres paracaidistas lanzados por la aviación, los que encontraron que Puerto Bolívar había sido evacuado. Se encontraron los cañones Breda con las cintas pasadas y dos vagones del ferrocarril lleno de implementos de guerra igualmente abandonados, lo que ponía de manifiesto la fuga precipitada de la población y guarnición de Puerto Bolívar” (Monteza, 1976, pp. 166-167).

La deficiencia en cuanto al armamento y la “actitud” combativa del enemigo, que se agravó con la conducta de su población, terminó acelerando la desmoralización de las fuerzas ecuatorianas. Su atrevida acción de violentar la soberanía peruana creyendo que ésta no reaccionaría ante la misma, les hizo comprender que las operaciones sin planificación ni proyección terminarían por llevarlos a la derrota.

Puerto Bolívar sufrió el ataque de varios buques de guerra enemigos (patrulleros) que estaban escondidos en los canales de las islas Jambelí. Este bombardeo duró intermitentemente todo el día y parte de la noche del martes [...] El coronel Rodríguez después de ordenar a sus subalternos que continuaran la marcha custodiando y ayudando en lo posible a los civiles en peregrinación de refugio, tomó el autocarril, solo, manejando él mismo y se dirigió a Puerto Bolívar, de donde se tenía noticias, que el enemigo amenazaba con el bombardeo marítimo con su destroy “Guise” y otras unidades navales (Rodríguez, 1948, p. 338).

Por su parte, el Perú observando el desarrollo de la Segunda Guerra Mundial y comprendiendo además que no debían volverse a repetir los sucesos ocurridos durante la guerra con Chile a fines del si-

glo XIX, había invertido con antelación en el campo militar capacitando a sus oficiales a través de las misiones militares francesas y estadounidenses tanto en nuestro país como en el extranjero, entrenaba a sus tropas y adquiría material bélico acorde a los avances tecnológicos de la época, los mismos que a mediados de 1941 permitieron alcanzar la victoria. A pesar de ello, aquel triunfo no fue manchado por excesos o consecuencias de nuestras fuerzas contra la población civil ecuatoriana.

Observaron también el bombardeo de Puerto Bolívar ejecutado por aviones de una escuadrilla del XI Escuadrón de Bombardeo y por el crucero BAP “Coronel Bolognesi”. Regresaron a su base, después de evadir la acción de la artillería antiaérea enemiga que hacía fuego desde los montes vecinos a la ciudad de Arenillas (Zanabria, 1996, p. 206).

Desde las primeras horas del día 31 se sometió a las principales resistencias enemigas a un intenso bombardeo con toda la masa de aviación, haciendo intervenir al mismo tiempo, el fuego de la Escuadra sobre Puerto Bolívar (Rodríguez, 1948, p. 353).

Si bien se hizo correr la noticia de que existieron civiles ecuatorianos que perecieron durante el ablandamiento ejecutado por la Escuadra y Aviación peruana, en un intento desesperado por desprestigiarlos ante la opinión pública internacional; no obstante, hubo periodistas ecuatorianos que informaban de la no intención de provocar víctimas civiles como consecuencias de las operaciones militares peruanas.

Debe recordarse las disposiciones del coronel Urrutia, Comandante Superior del Ejército, en que prohíbe la publicación de las bajas militares, así que los periodistas solo anoten los civiles heridos o muertos, pero se comprenderá que los bombardeos fueron a las concentraciones de tropas y si algún civil sufrió consecuencias debe entenderse que son cosas imponderables fuera del control de un piloto y contra su intención (Mariátegui, 1968, p. 132).

Ante ello debemos tener en consideración que, a diferencia de la tecnología militar del presente siglo donde ya se habla de ataques “quirúrgicos” que



buscan aminorar las víctimas entre la población civil pero que no han escapado a los efectos colaterales sobre esta; para esos años en que ocurrió el conflicto peruano-ecuatoriano (década de 1940), nuestros militares tuvieron muy en cuenta el respeto a la integridad de aquellos que no participaban en el conflicto.

Al mismo tiempo, unidades de nuestra Marina de Guerra al mando del capitán de navío Alejandro Bravo Arenas, redoblaban su acción sobre el litoral enemigo amagado, incidiendo sobre Puerto Bolívar (Fernández, 1983, p. 572).

El bombardeo a manera de ablandamiento sobre los puestos enemigos obtuvo el efecto deseado, la población abandonó la zona dejando casi todas sus pertenencias, quedaron sólo algunos cuantos soldados que luego huyeron dejando en los almacenes “chatas y plataformas de los carros del ferrocarril a Machala, gran cantidad de armamento; unos pocos soldados fueron regresando poco a poco, pero quedando en la ciudad la impresión de abandono” (Mariátegui, 1968, p. 109). Aquellas poblaciones terminaron convirtiéndose en “pueblos fantasmas”.

Durante la toma de Puerto Bolívar, uno de los hechos más resaltantes protagonizados por las Fuerzas Armadas del Perú fue el lanzamiento de paracaidistas sobre la zona (Araujo, 1967, p. 222). No obstante, la captura del referido puerto quedaría consolidada con el desembarco de nuestra Infantería de Marina y el arribo de las demás fuerzas militares, como fue reconocido posteriormente por los altos mandos militares ecuatorianos.

[...] paracaidistas lanzados sobre Puerto Bolívar, la ocuparon previamente al desembarco de los infantes de marina [...] (Moncayo, 2011, p. 36).

En un intento por desvirtuar el profesionalismo de las fuerzas peruanas y ocultar la ineficiencia de sus propias tropas, los mandos militares ecuatorianos trataron de desplegar operaciones psicológicas que buscaban desprestigiar a los peruanos, utilizando hábilmente –por ejemplo- la supuesta falta de puntería que tenían los pilotos del CAP durante los bombardeos.

Pésima puntería de los peruanos; pude comprobar cincuenta veces que jamás dieron en el blanco que buscaban. En cambio, contra la población civil y las propiedades particulares se ensañaban a maravilla (Zanabria, 1996, p. 207).

Pero en honor a la verdad, las aeronaves peruanas enfilaron sus ataques solo contra objetivos militares ecuatorianos, teniendo como propósito principal causar efectos morales en vez de daños físicos. Tampoco era cobardía –adjetivo con que también calificaron a nuestros pilotos- a razón que nuestro CAP tenía el dominio aéreo en la Provincia de El Oro y por tanto podía evolucionar a voluntad sobre los blancos que deseaban. (Zanabria, 1996, p. 207)

El día 31 [...] el Escuadrón tuvo gran actividad [...] hace cobertura aérea sobre Santa Rosa-Machala-Pasaje y Puerto Bolívar, protegiendo el desembarco aerotransportado, que ocupan Santa Rosa y Machala, durando la acción 1 hora. Finalmente, durante 45 minutos, desde el aire, el escuadrón protegió el descenso de los paracaidistas que tomaron Puerto Bolívar, con un ametrallamiento disuasivo, sobre las instalaciones del enemigo (Fernández-Prada, 1983, p. 572).

Mientras nuestro Ejército avanzaba y nuestra Armada cubría el desplazamiento desde el mar neutralizando las posiciones enemigas en la costa, sumado a la acción de la aviación peruana que evolucionaba a voluntad sobre las ciudades de la provincias de El Oro, estas operaciones generó un gran pánico y sicosis en la población civil ecuatoriana, quienes huyeron aterrorizadas y despavoridas hacia el Pasaje, Piedras, El Guabo y Tendales y sin que nadie pudiera contenerla. A estas alturas, las fuerzas ecuatorianas en completo desbarajustes, eran también presas de un terrible ataque de sicosis y huyeron maldiciendo contra sus propias autoridades, a las que culpaban de haberlas engañado (Zanabria, 1996, p. 211).

Curiosamente en la estación de Machala, mientras se desplazaba, el coronel ecuatoriano Luís Rodríguez se encontró con la Madre Superiora del hospital Santa Rosa, acompañada por una monjita, sorprendiéndose que hubieran abandonado el hos-



pital por una supuesta orden suya (Rodríguez, 1948, p. 340).

Aquellas religiosas fueron halladas después por una patrulla peruana y conducidas al hospital Santa Rosa, donde se reincorporaron a la atención de los heridos tanto ecuatorianos y peruanos. Es en esas circunstancias que ocurre una anécdota referente a sor Apolina Rivera, superiora del hospital Santa Rosa y el entonces teniente coronel Manuel A. Odría, cuando éste desempeñando el cargo de Jefe del Estado Mayor de la Primera División Ligera (Ureta, 1953, p. 446), visitó el referido hospital, entablándose el siguiente diálogo:

-Odría: ¿Cómo es posible madre? Dejaron ustedes abandonados a sus heridos y enfermos.

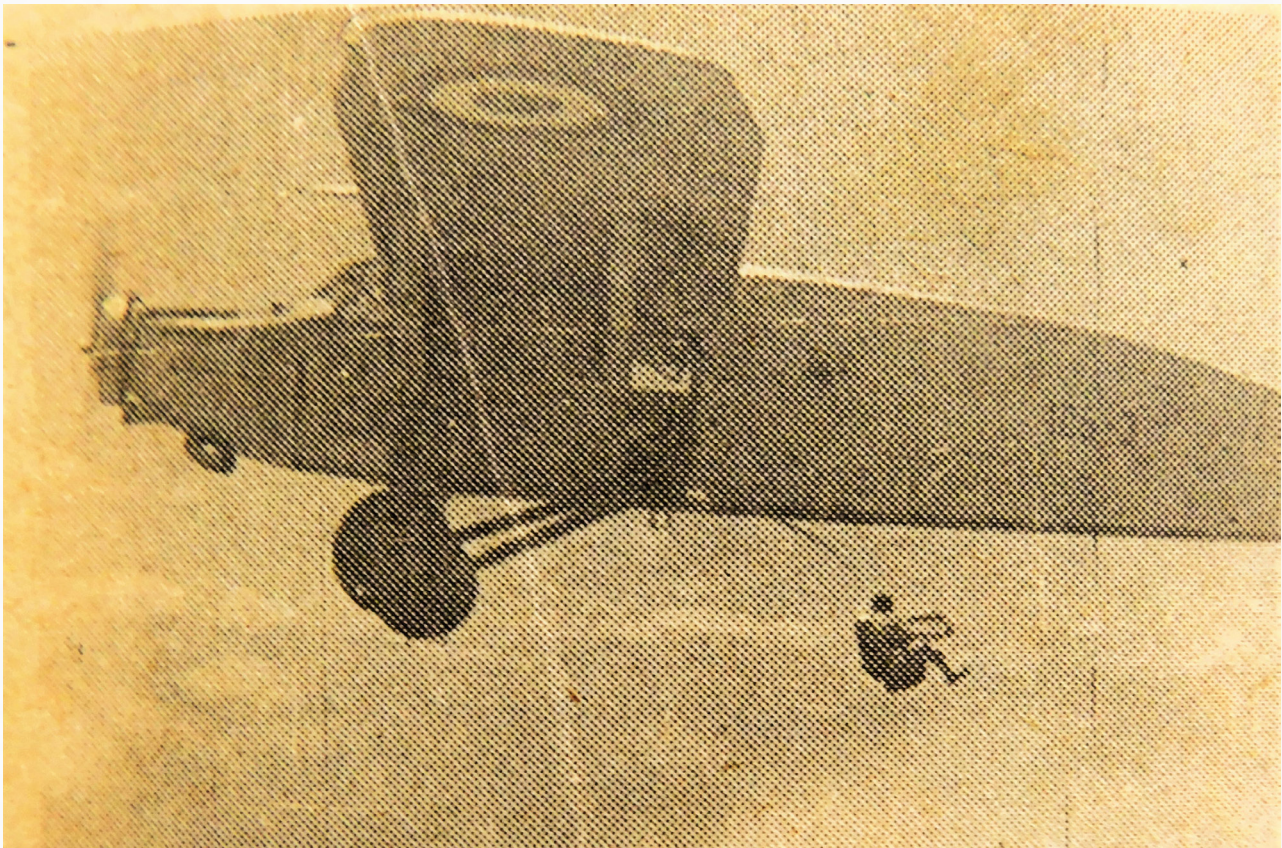
-Sor Apolina: Usted comprenderá [...]. Nos avisaron que estaban cerca y [...] en la guerra [...].

-Odría, interrumpiendo con esa sonrisa tan

particular en él, forzando el conocido dicho de guerra de “La guerra es la guerra”, replicó: “Madre, no tenían ustedes nada que temer, nuestro Ejército es respetuoso y respetable” (Mariátegui, 1968, p. 135).

Años después Odría se convertiría en ministro del jurista arequipeño José Luís Bustamante y Rivero, quien gobernó el Perú entre 1945-1948, al que luego sucedió por el referido militar (Tamariz, 1998, pp. 26-31), quien en conversaciones amicales, recordaba con simpatía el referido dialogo.

Al producirse la desocupación peruana de la provincia de El Oro, las referidas religiosas motivadas por su temor a posteriores represalias, prefirieron continuar con las tropas peruanas y no quedarse en el Ecuador. Estas abnegadas religiosas (teniéndose en consideración su importante labor de socorrer a los heridos sin hacer distingo de las nacionalida-



Paracaidista Peruano sobre Puerto Bolivar. Revista Oiga del 02 de marzo de 1981.



Comandante Manuel Odría, al centro con corbata. 1941

des) al trasladarse a Lima, prestaron luego sus servicios en el hoy desaparecido antiguo Hospital Militar San Bartolomé que se localizaba en los Barrios Altos (Zanabria, 1996, pp. 221-222).

Otro detalle que puede agregarse respecto al comportamiento del Ejército del Perú, que echa por tierra aquella propaganda de desprestigio desplegada por los ecuatorianos, se observa a través de las misivas escritas por religiosas ecuatorianas.

Esto se aprecia a través de las cartas redactadas por las religiosas sor Apolina Rivera y sor Elena Illones, quienes en su calidad de superiores de los hospitales de Santa Rosa y de Machala, respectivamente, dirigieron a la madre Sor Visitadora de las Hijas de la Caridad de San Carlos de Quito, en respuesta a una consulta para abandonar la provincia de El Oro y trasladarse a Quito. Sor Apolina manifiesta en uno de los fragmentos de su misiva lo siguiente:

Mi bondadosa madre y sor, a pesar de haber sufrido más esta casa las consecuencias de la guerra,

estamos más resignadas a Dios gracias. Ahora las consideraciones y aprecio como nos tratan los más grandes jefes como el último soldados, no podemos quejarnos ni exigir más [...]. El día 30, fiesta de Santa Rosa, tuvimos dos sacerdotes para solemnizar el día de la santa limeña en la capilla del hospital, por encontrarse pequeña para el número de gente que había, se celebró misa campal; me he quedado edificada de ver el catolicismo, piedad que hay en el Ejército Peruano, por eso Dios los ha ayudado [...] (Zanabria, 1996, p. 223).

En la carta de sor Illonés, se puede leer en uno de sus párrafos lo siguiente:

Verdad que los primeros días no habían muchos enfermos, se comprende solamente se habían quedado las ancianas e inválidas, más ahora tenemos enfermos tanto ecuatorianos como peruanos en todos los hospitales; así es que como usted nos dice y comprendemos muy bien que nuestra misión no reconoce nacionalidad, por eso esto estamos y seguiremos cumpliendo nuestro deber; gracias a Dios las autoridades nos prestan facilidades para seguir



en nuestro ministerio. Hasta ahora no tenemos sino motivos de agradecimiento para los señores oficiales [peruanos] por su cultura y delicadeza: desde el primer día en que entraron se portan muy bien con nosotras, fui la primera en presentarme aunque no sin miedo pero pronto pasó, hubiera querido escribirle más pronto para tranquilizarla pero no fue posible (Zanabria, 1996, p. 224).

Los pasajes anteriores demuestran la actitud que tuvieron las Fuerzas Armadas del Perú, respetuosa de la población y respetable no sólo por su organización y disciplina, sino también por su audacia, temeridad y espíritu de lucha. Ello es también un motivo de orgullo de nuestras fuerzas militares.

Como hemos podido observar a través de los anteriores episodios ocurridos durante el conflicto de 1941, notamos como la generosidad y el respeto fueron los valores demostrados por nuestros soldados, marinos y aviadores, se impuso en el tiempo y más allá de nuestras fronteras, legándonos el prestigio que ha caracterizado al militar peruano y que hoy las nuevas generaciones siguen como ejemplo.

En este nuevo milenio, aquellos valores se siguen cultivando, por ejemplo cuando la población necesita ayuda y sus fuerzas armadas van en su auxilio, incluso socorriendo a poblaciones más allá de sus fronteras como ocurrió con las ecuatorianas, quienes sufrieron los efectos del terremoto que asoló dicho país en abril del 2016. Las correctas actitudes de los hombres hacen grandes a sus naciones y nuestras fuerzas durante 1941, hicieron grande al Perú.

CITAS BIBLIOGRÁFICAS

1. www.marina.mil.pe/es/noticia/buques-de-la-armada-son-condecorados-por-la-embajada-del-Ecuador.

BIBLIOGRAFÍA

- Araujo, H. (1967). "Antecedentes y choques fronterizos, ocupación y desocupación peruana del

territorio ecuatoriano en 1941-1942". Lima: Litografía del Perú.

- Cassaretto, J. (2017). "Historia de los tanques en el Perú". Lima: CPHEP.
- Fernández-Prada, A. (1983). "La aviación en el Perú, 1761-1942", tomo I. Lima: Editorial Universo S.A.
- Mariátegui, S. (1968). "Conflicto peruano ecuatoriano de 1941". Lima.
- Masterson, D. (2001). "Fuerza Armada y sociedad en el Perú moderno". Lima: Instituto de Estudios Políticos y Estratégicos.
- Moncayo, P. (2011). "Cenepa: Antecedentes, el conflicto y la paz". Quito: Corporación editora nacional.
- Monteza, M. (1976). "El conflicto militar del Perú con el Ecuador (1941)". Lima: Editorial Arica S.A.
- Ortiz, J. (2011). "Fuerza de Submarinos, 100 años: 1911-2011". Callao: Marina de Guerra del Perú-Comandancia de la Fuerza de Submarinos.
- Rodríguez, J. (1948). "La agresión peruana". Quito: Editorial Fr. Jodoco Ricke.
- Rodríguez, J. (2008). "Las operaciones navales durante el conflicto con el Ecuador de 1941: Apuntes para su historia". Callao: Marina de Guerra del Perú-Dirección de Intereses Marítimos e Información.
- Tamariz, D. (1998). "La ronda del general". Lima: Juan Campodónico editor.
- Ureta, E. (1953). "Apuntes sobre una campaña (1941)". Barcelona: Editorial Antorcha.
- Villanueva, V. (1971) "Cien años del Ejército Peruano: Frustraciones y cambios". Lima: Editorial Juan Mejía Baca.
- Zanabria, R. (1996). "La campaña de 1941 (Perú-Ecuador)". Lima: Impresora Amarilys.

WEBGRAFÍA

- www.marina.mil.pe/es/noticia/buques-de-la-armada-son-condecorados-por-la-embajada-del-Ecuador. 